

Al fin dignos de Costa

Reseña de: Costa, Joaquín, *Memorias*, Edición de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, Instituto de de Estudios Altoaragoneses, Instituto de Estudios Turolenses, Institución Fernando el Católico, Dpto. de Educación, Universidad, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, 2011, 573 páginas.

ANDREU NAVARRA ORDOÑO
Universidad Autónoma de Barcelona

Fecha de recepción: 2 de febrero de 2012

Fecha de aprobación: 5 de marzo de 2012

Fecha de publicación: 1 de septiembre de 2012

Concluye el Año del Centenario de la muerte de Joaquín Costa y llega la hora de los balances. En el terreno editorial, indudablemente, el año ha sido fructífero. Entre otras iniciativas, se ha reeditado la clásica biografía de George Cheyne¹, que por ahora sigue siendo (aunque de manera increíble su autor insistiera en llamarla “esbozo”) la obra más completa jamás publicada sobre la figura que nos ocupa. Uno de los volúmenes editados este pasado 2011, *Discursos librecambistas*, nos permite acceder al Costa de “puertas afuera”, al titán tribunicio que no duda en enfrentarse al gabinete de Sagasta para denunciar palmarios incumplimientos del programa liberal español, o de enarbolar la bandera contra las pretensiones de los industriales catalanes. También ha visto la luz el monumental volumen *Estudios ibéricos*, que es el gran recipiente de un aspecto poco conocido de las aficiones costianas: la filología clásica y la arqueología.

Cuando el año llega a su fin aparecen ahora estas *Memorias*, editadas por Juan Carlos Ara Torralba (Universidad de Zaragoza), que vienen a cubrir una importantísima laguna de la historiografía costista: por fin alguien se atreve a ordenar y transcribir los caóticos cuadernillos que el polígrafo fue confeccionando por su propia mano y

¹ Cheyne, George, *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 2011. Prólogo de Josep Fontana. Epílogo de Eloy Fernández Clemente.

llenándolos de sus anhelos vitales, ideales, laborales y amorosos. Por lo tanto, el Costa al que podemos acceder gracias a la presente edición no es el economista ni el orador de *Discursos librecambistas*, sino el hombre atormentado, gran enemigo de sí mismo, que ya nos reveló Cheyne (¡cuánto hubiera disfrutado el maestro de Newcastle con estas *Memorias!*), pero descubierto a través de su propia escritura febril. Este Costa introspectivo y violentamente arrebatado no puede dejar de sorprender al lector, incluso a aquél que haya leído con atención la excelente biografía de Cheyne, porque ni éste nos había presentado con toda su crudeza algunos aspectos sumamente sobresalientes de la complicada personalidad del aragonés. Así, por ejemplo, causan impacto los párrafos en los que describe su devoradora sed de ambición y de fama mundanas, que tanto disuenan del hombre gineriano que quiso ser posteriormente Costa. Éste es consciente de que su sed de gloria proviene de un complejo social profundamente injusto, y también de que jamás logrará satisfacer o aplacar su inmensa sed de fama.

No nos parecen nada desencaminadas las apreciaciones del editor cuando afirma que Costa se vio a sí mismo como un “héroe romántico”, ni la insinuación de que Costa era un nuevo Tediato (el protagonista de las *Noches lúgubres* de Cadalso): el hombre que se lamenta de su propio destino y se regodea entre las más fúnebres realidades. Sigue impactando el instinto suicida del joven Costa, su obsesión con la muerte y el paso del tiempo, y la morbosa delectación con que relata los tormentos de su miseria económica.

La escritura personal costiana es, indudablemente, de estirpe romántica, como romántico debía ser el poema sobre Moisés y los israelitas que maquinaba el joven Costa, como romántico son sus amores imposibles con Concepción Casas, su satánico combate contra los neocatólicos que le tutelan, y casi blasfema su obsesión por la muerte y el suicidio. Queda, pues, por estudiar la curiosa relación de Costa con el romanticismo, en unos años en que éste aún no había sido totalmente desbancado por Galdós y la nueva novela que de algún modo partió de él. El mismo autor recorre en sus proyectos el trayecto que parte de las indecisiones tardorrománticas hasta la novela cervantino-científica (*Justo de Valdediós*) que proyecta en enero de 1875². Y es que el volumen resulta imprescindible para reseguir el proceso que condujo a la elaboración y la publicación de las primeras obras impresas del autor, por ejemplo *Ideas apuntadas en la Exposición Universal* o *Las habitaciones de alquiler barato en la Exposición Universal de París en 1867*, curioso escrito aún en París durante ese 1867 y que no pudo ver la luz hasta 1911.

A través de estas páginas conocemos textos poco o nada atendidos por la crítica, como la verniana novela *El siglo XXI*, que el autor va rumiando durante buena parte del año 1871, o el proyecto de tratado sobre poesía popular española, que fue tomando en 1876 distintos nombres (*Tratado de política*, *Política de los romanceros y refraneros*

² Costa, Joaquín, *Memorias*, Edición de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, Instituto de de Estudios Altoaragoneses, Instituto de Estudios Turolenses, Institución Fernando el Católico, Dpto. de Educación, Universidad, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, 2011, p.200.

y gestas, *Génesis de la poesía popular, Política popular*) para finalmente quedarse en un mero pero importante prólogo titulado *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la península*.

Se ha repetido hasta la saciedad (ya lo hizo Ramiro de Maeztu en el mismo 1911 y a su juicio se sumarían todos los posteriores biógrafos del autor) que Costa volvió totalmente transformado por lo que vio y experimentó en París, y que el momento de su regreso a Huesca y Graus es el instante generador de toda su ingente obra posterior. Efectivamente, a través del volumen de *Memorias* elaborado por Ara, asistimos a esa conversión, y matizamos también nuestra idea de los motivos de ese cambio. Porque Costa (que sí admiró a los pulcros científicos franceses y a sus ricas familias) no sólo vio allí métodos modernos de cultivar, sino que sobre todo presencié la insultante falta de patriotismo y la desidia vergonzosa de los miembros de la delegación española enviada a la Exposición Universal, delegados incapaces de atender formalmente a los visitantes, hombres preocupados sólo por apropiarse de las muestras de cigarros y vino que los empresarios españoles, con toda buena fe, habían enviado a París para que fueran publicitados. La actitud de esos delegados gubernativos, su indecencia y holgazanería espolearían como ningún otro acicate al joven Costa a la hora de seguir la senda del trabajo, el nacionalismo y la autodisciplina.

Asimismo, el perspicuo prólogo de Ara Torralba nos permite situar con gran economía de medios la obra en su doble contexto histórico y teórico. Es verdad: ningún texto como las *Memorias* de Costa retrata mejor el submundo de influencias, redes de amores inciertos, grupos de presión capitalinos, cesantías, tumultos, arribismo, pronunciamientos y mezquindad, propios de la sociedad española decimonónica. Y el gran tema del libro es, ciertamente, el desgarrador proceso de emancipación vivido por un joven pobre que lucha por abrirse paso en un mundo que sólo espera de él que se humille, mientras trata de insertarse en un mundo laboral más acorde con sus propias aptitudes intelectuales.

El gran esfuerzo de Costa consistió en situarse por encima de los procedimientos habituales de promoción social que existían en su época. En un momento muy revelador de su carácter, nuestro autor se explica a sí mismo de qué forma todos sus amigos de juventud han sucumbido al "misticismo", es decir, se han doblegado ante las convenciones de los poderosos, para abandonar el heroico "racionalismo" a través del cual puede alcanzarse un atisbo de verdad y armonía³. Costa se obstinó en contar únicamente con su talento y con su capacidad de trabajo para alcanzar la cima de su sociedad. No se disimuló a sí mismo que su máximo empeño era ser ministro. Oigámosle en uno de sus ensueños más vehementes:

³ Anotación del 25 de febrero de 1875, p. 205.

“¡Si pudiera estudiar! ¡Si pudiera luego desarrollar el plan de esos dos títulos! ¡Si pudiera fundar con ellos la escuela económico-filosófica que me está bullendo en la cabeza hace tres meses, y que por cada día va tomando mayores proporciones y más claros perfiles! No lo dudo, no lo dudo, ejercería una gran influencia en nuestra península y, ¿quién sabe? ¡tal vez en el continente! ¡Y si esa escuela me hiciese sentar en la presidencia del Consejo de Ministros con la cartera de Fomento!”⁴.

¡Pobre Costa, pensar que a base de esfuerzo, estudio y sabiduría se llegaba a ministro, cuando en todas las épocas han mandado los Romero-Robledo y sus descendientes!

Algo que llama poderosamente la atención es la desmedida ambición del joven Costa, que le conduce a considerar obstáculos lo que no son más que pasos hacia delante. No hay más que ver lo que escribe al ver publicado su primer libro⁵.

Otros pasajes son trascendentales para reconstruir la particular ideología demócrata del autor:

“Definitivamente soy republicano federalista, de buena fe, en el buen sentido de la palabra, sin intolerancia ni fanatismo, y enemigo por lo tanto de fanáticos, intolerantes y egoístas. En mis opiniones federalistas me ando con mucho cuidado, con mucha prudencia y con mucha cautela en eso de libertades y vivas”.⁶

Siete años después, Costa sería coherente con estas palabras y culparía igualmente a carlistas y cantonales, así como a Cristino Martos, de la caída de Castelar, la dictadura pretoriana de Serrano y la subsiguiente subida al trono de Alfonso XII. Pero aún hay más: sin esta raíz federalista es totalmente incomprensible el programa político orquestado en 1900, especialmente en lo que se refiere a autonomías universitaria y municipal, ya que el aragonés nunca quiso sumarse a cesiones de soberanía.

No mucha cautela ideológica ostenta Costa en sus reflexiones íntimas, por lo menos mucha menos que en su discurrir público, cuando por ejemplo escribe, con motivo de la boda real del monarca⁷, cuánto siente no poder “bailar sobre sus tripas” (las del Rey). Molestaba enormemente al polígrafo aragonés la hipocresía con la que algunos republicanos y carlistas habían transigido con la realidad monárquica restaurada en el año 75, faltando a sus palabras y a sus ideologías. Otra acción que nos revela al Costa irreductible: por no haber votado al candidato oficial (Antonio Naya y Azara, barón de Alcalá) en enero de 1880, es expulsado de su puesto administrativo en Huesca y trasladado a León⁸.

⁴ Anotación del 17 de junio de 1870, p. 147.

⁵ Anotaciones del 5 de enero y el 19 de mayo de 1868, pp. 71 y 75.

⁶ Anotación del 25 de diciembre de 1868, p. 98.

⁷ Anotación del 11 de enero de 1878, p. 345.

⁸ Costa, Joaquín, *Memorias*, Edición de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, Instituto de de Estudios Altoaragoneses, Instituto de Estudios Turolenses, Institución Fernando el Católico, Dpto. de Educación, Universidad, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, 2011, p.422.

Sólo nos quedaría felicitar al editor por la elaboración de este monumento de pura crítica textual, porque editar un texto tan endiablado como los cuadernillos de nuestro orador era realmente una tarea como para pensárselo dos veces. No por otra razón nada menos que cinco entidades e instituciones distintas han tenido que converger en el proyecto para que lograra prosperar. Se trataba de una tarea, cómo no, digna de Costa.